

—¿Sientes los latidos de mi corazón?

—Sí, los siento.

—Pues estos latidos, Velarde, son de amor pátrio nada más. Que llamen los gefes al combate, que suene el clarín dando la señal de la pelea, me verás batirme en vanguardia, aplicar la mecha al cañón y diezmar las columnas francesas. Te juro por lo más sagrado que no daré cuartel al enemigo, que no le rendiré mi espada aunque esté solo contra mí y que moriré peleando. Pero si tú me sobrevives, acuérdate de la pobre Rosa, de mi tierna hermana, y no la abandones, Velarde.

—Luis, eres mucho más que un hermano, y he guardado de tí un secreto. Pedro Velarde adora á tu hermana.

—¿Y ella?

—Corresponde á mi amor.

Luis sacudió entonces el cordón de la campanilla, y Rosa entró en el aposento. Al ver á Velarde se tiñó su rostro con un delicado carmin, y dijo á su hermano.

—¿Qué quieres?

—Arrodíllate, Rosa.

La niña obedeció sin replicar; y Luis prosiguió.

—Arrodíllate también, Velarde.

El capitán se arrodilló.

—Daros las diestras.

Se las dieron; y Luis prosiguió con voz solemne.

—Yo os bendigo sobre la tierra, bendigaos Dios desde los cielos.



En tanto que Daoiz y Velarde discuten sobre la crítica situación del gobierno, una mujer joven y hermosa está reclinada en un sofá de damasco celeste y se entrega á penosas meditaciones. Sus bucles, casi deshechos, cubren una parte de su garganta, sus labios comprimidos dejan estrecho camino al aliento, y su frente mustia se apoya sobre una mano fina y blanca. Su mente va trazando las páginas de la historia de un corazón: las primeras

—Yo os bendigo sobre la tierra, bendigas
Dios desde los cielos.

CAPITULO XX.



Elisa Tellez,



En tanto que Daoiz y Velarde discurren sobre la crítica situacion del gobierno, una muger jóven y hermosa está reclinada en un sofá de damasco celeste y se entrega á penosas meditaciones. Sus bucles, casi deshechos, cubren una parte de su garganta, sus labios comprimidos dejan estrecho camino al aliento, y su frente mustia se apoya sobre una mano fina y blanca. Su mente va trazando las páginas de la historia de un corazon: las primeras

están escritas con tintas blandas y suaves como el azul del firmamento ó el blanco de las azucenas: las segundas son tan brillantes como una montaña de nieve iluminada por el sol: las terceras están borradas, nada significan, nada dicen, solo revelan al curioso el aislamiento y el vacío. ¡Pobre Elisa! con veinte años y en gran parte desvanecidas sus mas hermosas ilusiones: ¡pobre Elisa! cómo la espanta la historia de su corazón.

Han trascurrido 22 dias desde aquel en que la visitó Duradin; 22 dias de completo abandono, de aislamiento y amargas memorias. Rosa, su mejor, su mas tierna amiga, apenas ha venido á visitarla: Rosa no podia ver con faz serena al asesino de su hermano. Luis, el hombre que tanto la amó, no pretendia ganar de nuevo el corazón de su bienamada, y huía las ocasiones de verla ó por desprecio ó por temor. El gran duque de Berg, el héroe de sus cuentos caballerescos, habia dado una sola muestra de aficion hácia su persona; pero esta aficion habia sido una leve pompa de espuma, que crece, brilla y se deshace. Huérfana de madre, no tenia en donde derramar su llanto ni quien la prestase consuelos; ausente su padre, vivia sin consejero y sin arrimo. En medio de tan graves pérdidas conservaba su juventud y su porten-

tosa hermosura; pero su tez, pálida ya, se marchitaria con las penas, y la juventud en la desgracia solo da la triste garantía de padecer por mucho tiempo.

Cansada de sus meditaciones sacudió el cordon de la campanilla y se presentó una doncella.

—Vicenta, la dijo, arrégrame un poco el cabello, que quiero salir al instante.

—Venia á anunciar á V. señora una visita.....

—¿De quién, Vicenta?

—De M. Duradin...

—Duradin; murmuró Elisa. Dí que entre.

La doncella se retiró y pocos momentos despues entró en la sala Duradin, acompañado de un guerrero que vestia brillante uniforme, en una palabra, de Murat. A su vista lanzó la jóven una esclamacion indefinible, y Duradin adelantándose la dijo con su voz melosa.

Tengo el honor de presentar á V. el gran duque de Berg y Cleves.

Antes de pasar adelante vamos á bosquejar la historia de esta visita del gran duque.

Su desafio con Luis Daoiz, le habia hecho cobrar aficion á tan bizarro antagonista, y obrando caballerosamente renunció á su rivalidad con el pundonoroso artillero. Este sacrificio no era grande, pues Murat no sentia

pasión hácia Elisa, y si estaba perdidamente enamorado de la interesante Dolores. Prohibió á Duradin que hablase de él á la hermosa amante de Luis y dirigió todos sus ataques hácia la terrible *manola*. Despues de largas conferencias entre Duradin y la bruja organizaron la ridícula farsa que tuvo lugar en el aposento de la vieja, y que solo produjo á Murat mortificaciones humillantes. El disgusto á ellas consiguiente y sus ocupaciones diplomáticas, le hicieron olvidarse algun tiempo de las dos mugeres que habian llamado su atencion. Trascurrieron algunos dias, tuvo Murat ratos de ocio, pensó en Dolores, pero al punto se le presentó la ruda escena de la habitacion de la bruja y retrocedió como prudente: entonces volvió sus miradas hácia Elisa. Tuvo en un principio remordimientos, los fué ahogando, y dijo á Duradin.

—Quiero que me presenteis á Elisa.

—Cuando lo mande V. A.

—Esta misma noche.

—Así sucederá, monseñor.

Estos fueron los preliminares de la visita del gran duque: Elisa fijó en él sus ojos, los bajó casi avengonzada, y respondió á Duradin, balbuciente.

—Me habeis hecho, M. Duradin, mucho honor.

El gran duque á invitacion de Elisa tomó un asiento en el sofá, y Duradin se colocó á corta distancia.

Elisa habia hecho propósito de no ver á Joaquin Murat y lo habia cumplido hasta entonces. Lejos del gran duque tenia bastante valor y virtud para resistir á los encantos de un amor lleno de poesía; ¿mas en presencia del gran duque podria tener el mismo valor?

—Señora, la dijo Murat: desde la noche que ví á V. en el baile del duque de M... he tenido grandes deseos de presentarla mis respetos, pero ocupaciones enfadosas me han impedido efectuarlo.

—Monseñor, le replicó Elisa temblando: V. A. me favoreció aquella noche y quiere continuar honrándome.

—Señora, tuve aquella noche una dicha, que me envidiarían cuantas personas se encontraban en el salon: una dicha que no he experimentado jamás.

Duradin alejó su silla y Murat prosiguió.

—No pensaba concurrir al baile del duque, pero supe que estábais en él, y me apresuré á buscar la honra que al fin conseguí.

—Monseñor.

Duradin abandonó su asiento y se dedicó á mirar los cuadros: el gran duque prosiguió.

—Hay momentos que deciden de nuestras vidas, momentos que debian temerse y que se buscan, momentos que dan vida á un hombre y que lo aniquilan tambien. ¿No ha tenido V. en su vida ningun momento como los que acabo de describir?

Elisa no respondió á Murat, bajó á tierra sus hermosos ojos y un vivo encarnado tiñó sus antes pálidas megillas. Una pregunta tan sencilla traia á la memoria de la jóven amargos y dulces recuerdos que no se presentan sin atormentar.

—Señora, prosiguió el gran duque, he sido sin duda indiscreto queriendo merecer á V. una completa confianza; cuando hablamos con el corazon exigimos imprudentemente que con el corazon nos respondan.

—Monseñor.

—Yo no puedo, prosiguió el gran duque con acento dulce y persuasivo, reconvenir á V., señora, por una falta de confianza. ¿Por qué yo manifiesto á V., que mi mayor dicha consiste en tener el gusto de admirarla? ¿por qué enteramente subyugado solo busqué las ocasiones de rendirla mis homenajes como humilde esclavo á sus pies? Porque yo de dia me alimento con seductoras ilusiones y de noche sueñe quimeras, ¿he de merecer que V. participe de mis afecciones?

— Monseñor.

— Pero qué digo, V. ha tenido esos momentos deliciosos, esos momentos que deciden de nuestro porvenir, señora. V. ha oído palabras mágicas, esas palabras que quedan grabadas para siempre: V. vive con gratos recuerdos tan hermosos como un presente de ventura; V. goza un presente tan bello como la mas bella esperanza.

— Monseñor.

— Hable V., por Dios, hermosa Elisa si no quiere volverme loco.

Las palabras del gran duque de Berg llegaban á los oídos de Elisa como una música deliciosa. Estasiada con ella discurría por un hermoso paraíso, y se embriagaba como un niño que duerme entre flores fragantes. Si levantaba sus rasgados ojos, encontraba los del gran duque y se consumía en sus destellos como la sencilla mariposa en la llama que la seduce; pero al separarlos de Murat se rompía la cadena magnética, caía del mundo de las ilusiones al mundo de las realidades, y padecía las mismas dudas, temores y remordimientos que en sus horas de soledad. Veía á una figura magestuosa acercarse con paso lento, mostrarle su pálido rostro, sus ojos hundidos é inflamados, asirla la mano y decirle: « Estas diestras, Elisa, estas diestras debían unirse

para siempre pero las desune mi desesperacion y tu infamia. ¿Qué se hicieron tus juramentos? se desvanecieron como el humo, se rompieron como niebla: solo queda de ellos el perjurio. Mi frente antes tersa muestra ahora hondos surcos, mis ojos antes radiantes, estan apagados, mi alma antes enérgica, está débil. ¿Qué ha quedado de mí? un alma enferma en un cuerpo casi caduco. Muy desgraciado soy Elisa, pero tu eres, á no dudarlo, mas digna de compasion que yo. Te desprecio y te compadezco. » Desaparecia esta fantasma y se aparecia otra, esbelta como los lirios de los prados, fresca como las rosas matinales, apacible como los arroyos y dulce como las puras brisas que secan al rocío de las flores. Una ligera palidez cubria su rostro angelical y pendian de sus largas pestañas algunas lágrimas brillantes. Asia tambien la mano de Elisa y la decia. » ¿Qué ha quedado de nuestra amistad? nada, nada, la palidez sobre mi rostro y en mis ojos algunas lágrimas. Soy muy desgraciada porque él padece pero te tengo lástima, Elisa, porque mas desgraciada eres tú. » A esta fantasma seguia otra de un semblante grave y coronada su adusta frente de abundosos cabellos blancos. Su mirada severa caia á plomo sobre la jóven presentándose con la impasibilidad de un

juez. «Elisa, decia, has deshonrado un nombre illustre y estas canas, recibe en pago mi maldicion.» Al creer oir estas palabras se estremeciò sensiblemente y Murat prosiguió.

—Señora, en vez de responder á mis palabras ha creido V. mas conveniente estasiarse con sus recuerdos, y olvidándose de mí traer á su memoria al hombre á quien ama.

Esta voz despertó de nuevo á la jóven y viendo á Murat olvidó cuanto acababa de soñar. El gran duque prosiguió.

—¿Es verdad, Elisa, que V. ama?

—A nadie, monseñor.

—¿Es cierto?

Elisa guardó otra vez silencio y Murat continuó.

—Señora no sé á veces lo que me digo. He manifestado grande alegría porque V. no ama y á pesar de ella deseo que ame, como amo yo con frenesí.

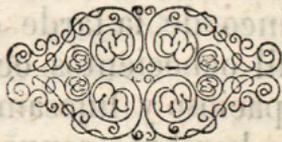
—Monseñor.

—Está bien, señora, dijo el gran duque levantándose, exijo demasiado, lo sé y usa V. un justo rigor; debo encerrar en lo mas hondo de mi alma los sentimientos que la agitan, debo callar y callaré.

Murat besó la mano de la jóven que se estremeciò al leve contacto de los ardientes labios del gran duque, y se retiró en el momento.

Sola Elisa, recobró de nuevo su valor y se afirmó mas en su noble resolucion.

—He visto tres sombras ó espectros, dijo volviendo á las ideas que la habian agitado poco antes, el primero era Luis y tuvo de mí compasion, el segundo era Rosa y me compadeció tambien, el tercero era mi noble padre y me maldijo. La voz del gran duque de Berg, desvaneció al punto la impresion que habian hecho en mí las tres sombras; la mirada del gran duque de Berg me subyugó como de costumbre; el contacto de sus ardientes labios me volvió loca. ¡Dios mio, Dios mio! si nuestros ojos estuvieran fijos por espacio de cinco minutos yo no sé lo que seria de mí.



CAPITULO XXI.

El conde de Montijo.

Eran las cinco de la tarde del día treinta de abril de mil ochocientos ocho: en un salón bastante espacioso y lujosamente amueblado estaban dos hombres conversando con notable familiaridad, sin embargo de que el uno vestía el traje del pueblo y el otro el traje de la corte; que el uno daba al otro excelencia y este le contestaba de tú; que el uno se llamaba Manuel y el otro el conde de Montijo. Su conversacion no fué larga, pues la inter-

rumpieron otras personas que fueron llegando y tomando asiento cerca del conde y de Manuel.

La mayor parte de estas gentes pertenecian al pueblo, algunas á la clase media, á la aristocracia ninguna. El salon estaba casi lleno cuando apareció en el dintel un jóven capitan de artillería. El conde se levantò al verlo, le salió al encuentro, lo sentó á su lado y le preguntò bastante quedo.

—¿Vendrá Daoiz?

—No le he dicho una palabra, conde.

—¿Por qué, Velarde?

—Porque está enfermo.

—¿No podemos contar con él?

—Si estuviera Daoiz en el sepulcro saldría de él á la voz de la patria y de la amistad.

Durante este corto diálogo entró un hombrecillo en el salon, lo atravesó rápidamente y fué á colocarse detras de una puerta-ventana de modo que no pudieran verlo Velarde ni el conde de Montijo. Nadie fijó en él la atencion porque nadie desconfiaba y el conde dijo con voz sonora.

—Todos los que estamos presentes hemos corrido algunos peligros en defensa del rey Fernando.

—Es verdad, replicaron todos.

—Todos le profesamos , señores , un amor sin límites.

—Es verdad.

—Todos derramaríamos gustosos la última gota de nuestra sangre por defenderlo.

—Todos, todos.

—Todos debemos saber , señores, lo que ha sucedido al monarca desde su salida de Madrid.

—Es cierto.

El conde cojió la diestra de Manuel y dijo:

—Este mozo valiente y leal , ha seguido al rey hasta la frontera; este mozo nos dirá lo que ha visto.

Manuel se levantó de su asiento y con ruido desembarazo:

—Señores , dijo : el diez de abril me llamó el conde de Montijo á su casa , nos encerramos en esta misma habitacion y me dijo : «El rey acaba de salir, toma un caballo y sigue al rey» cinco minutos despues salia yo por la puerta de los Pozos y á las cuatro horas formaba parte de la comitiva del rey. Todos los pueblos le recibian con un verdadero entusiasmo, con muestras de amor y lealtad , y llegamos el doce á Búrgos : una carta del conde me relacionó con personas de la comitiva del rey , y por ella supe lo que se resolvió en la corte. En Búrgos no encontró el monarca al emperador de los

franceses ni tuvieron siquiera noticia de su paradero : deliberóse en aquella ciudad sobre el partido que debia tomarse , de nuevo reiteró sus artificios y promesas el general Savary , y de nuevo se determinó que prosiguiese el rey su viaje á Vitoria. Emprendimos este nuevo viaje : los pueblos seguian dando á S. M. mas pruebas de lealtad y amor y el dia catorce pisamos el suelo de Vitoria. En esta ciudad tampoco se hallaba el emperador de los franceses, pero supimos que se acercaba á la frontera. El general Savary partió al punto para Bayona llevando una carta del rey. El diez y siete estuvo de vuelta Savary con una carta del emperador Napoleon, se discutió mucho sobre ella y sobre si Fernando VII debia ó no pasar adelante. El general de Bonaparte instó mucho por el viaje y dijo estas terminantes palabras: « me dejo cortar la cabeza si al cuarto de hora de haber llegado S. M. á Bayona no le ha reconocido el emperador por rey de España y de las Indias... Por sostener su empeño empezará probablemente por darle el tratamiento de Alteza; pero á los cinco minutos le dará Magestad , y á los tres dias estará todo arreglado y S. M. podrá restituirse á España inmediatamente.» Se hicieron varias proposiciones á S. M. para que se escapase , y particularmente á nombre del duque de Mahon ; pero un clérigo que todo lo

manda, un tal Escoiquiz, dijo: «que no era necesario habiendo S. M. recibido grandes pruebas de amistad del emperador». Y aunque el duque de Mahon insistió de nuevo la vispera de la salida para Bayona, el canónigo le tapó la boca pronunciando estas memorables palabras: «es negocio concluido; mañana salimos para Bayona, se nos han dado todas las seguridades que podíamos desear». En el momento de partir se agrupó el pueblo delante del alojamiento del rey, cortó los tirantes á las mulas, y prorumpió en voces de amor y lealtad, manifestando al mismo tiempo sus graves y fundados temores.

—¿Tú te encontrarías entre el pueblo? preguntó el conde alegremente, interrumpiendo al orador.

—Lo acaudillaba, señor conde. Todo fué en vano. Se publicó un decreto firmado por el rey, en el que afirmaba estar cierto de la sincera y cordial amistad del emperador de los franceses, y que antes de cuatro ó seis días darian gracias á Dios y á la prudencia de S. M. de la ausencia que ahora les inquietaba, y el bullicio se apaciguó, aunque con bastante trabajo. Salimos el diez y nueve de Vitoria, dormimos en Irun, y al dia siguiente cruzó S. M. el Bidasoa. El conde me habia mandado que siguiese á S. M. hasta Búrgos, he llegado á

la raya de Francia, y creído prudente venir á dar parte de mi comision (1).

Con religiosa atencion oyeron todos el discurso del jóven: Manuel hizo una relacion clara y sucinta de los hechos sin añadirles comentarios, pero esta relacion era bastante para producir grave alarma en cuantos estaban presentes. Cada cual manifestaba sus temores al que hallaba mas inmediato y todos maldecian unánimes al emperador de los franceses y á su lugar-teniente Murat. Se restableció de nuevo el silencio á instancias del conde, y este dijo:

—Señores, la relacion y el viaje de este valiente mozo han llegado hasta la frontera de Francia, y tenemos noticias mas tristes de Bayona. A las diez de la mañana del veinte entró el rey en aquella ciudad, sin que nadie hubiera salido al camino á recibirle de parte de Napoleon. Mas allá de San Juan de Luz encontró S. M. á los duque de Medinaceli y de Frias con el conde de Fernan-Nuñez, y estos tres grandes de España dieron tristes y alarmantes noticias, callándose la mas importante, pues habian oido de boca del emperador mismo: *que los Borbones nunca mas reinarian en España*. Estas nuevas y el no haber salido á recibirlos desanima-

(1) Todo el discurso de Manuel está extractado del conde de Toreno: Historia del levantamiento, guerra, y revolucion de España.

ron á los consejeros del rey, pero ya era tarde, muy tarde para retroceder y el monarca llegó á las puertas de Bayona: en ellas encontró por fin al príncipe Neufchatel y al gran mariscal de palacio. Fué á alojarse el rey á la posada que ocupaba su hermano Cárlos, y una hora despues le anunciaron la visita de Napoleon. Bajó el monarca á recibirle hasta la puerta de la calle, se abrazaron estrechamente y conversaron sobre puntos de poca monta. El emperador convidó á nuestro soberano á comer y fué conducido con su comitiva en carruages imperiales al palacio de Marrac donde Napoleon residia. «Salióle este á recibir hasta el estribo »del coche, etiqueta solo usada con las testas »coronadas. En la mesa evitó tratarle como »príncipe ó como rey. Acabada la comida per- »manecieron poco tiempo juntos, y se despi- »dieron, quedando los españoles muy conten- »tos del agasajo con que habian sido tratados y »renaciendo en ellos la esperanza de que todo »iba á componerse bien y satisfactoriamente. »Vuelto Fernando á su posada entró en ella »muy luego el general Savary con el inespe- »rado mensaje de que el emperador habia re- »suelto irrevocablemente derribar del trono la »estirpe de los Borbones, sustituyendo la suya, »y que por consiguiente S. M. I. exigia que »el rey en su nombre y en el de toda su fami-

»lia renunciase la corona de España é Indias
»en favor de la dinastía de Bonaparte.» (1)

A estas palabras toda la asamblea lanzó un grito de indignacion, se levantaron de sus asientos y exclamaron todos á la vez.

—¡Jamás, jamás un Bonaparte se asentará sobre el excelso trono de los nietos de San Fernando!

—¡Jamás! repitió Velarde, ¡jamás! Sabary, rastrero diplomático que deshonra el uniforme de un soldado, con palabras dulces, con protestas y juramentos arrancó del palacio de sus abuelos al jóven rey; lo condujo á Búrgos, á Victoria á Bayona; y él que habia ofrecido su cabeza cinco dias antes si el emperador no reconocia á Fernando VII por rey de España al cuarto de hora de haberle visto anunciaba con sangre fria una disposicion tan contraria. ¡Vive Dios que los generales de Bonaparte tienen reputaciones usurpadas; porque un militar sin honor jamás puede ser un valiente!

Numerosos aplausos cubrieron las últimas palabras de Velarde y una voz preguntó:

—¿Qué ha contestado el rey Fernando á la peticion de Bonaparte?

—Se ha negado, replicó Montijo.

(1) Tore: o: Historia del le antamiento guerra y revolucion de España: libro 2.º, pág 157 y 158.

—¡ Viva el rey Fernando! gritaron cien voces, y de nuevo repitieron ¡viva!

Velarde se adelantó un poco, impuso silencio con la mano, y con voz sonora y solemne dijo:

—Señores, no hay que dudarlo, Fernando VII es prisionero de Bonaparte; el respetable magistrado D. Justo Maria Ibarnavarro, que llegó anoche de Bayona lo confirma cumplidamente, y lo que ha sucedido hasta el 23 lo sabrán ustedes. Ibarnavarro ha dicho á la junta: «que el emperador de los franceses que-
»ria exigir imperiosamente del rey D. Fernan-
»do VII que renunciase por sí y en nombre de
»la familia toda de los Borbones el trono de
»España y todos sus dominios en favor del mis-
»mo emperador y de su dinastía, prometién-
»dole en recompensa el reino de Etruria, y
»que la comitiva que habia acompañado á
»S. M. hiciese igual renuncia en representa-
»cion del pueblo español, que desentendiéndole
»se S. M. I. y R. de la evidencia con que se de-
»mostró que ni el rey ni la comitiva podian ni
»debian en justicia acceder á tal renuncia, y
»despreciando las amargas quejas que se le
»dieron por haber sido conducido S. M. á Ba-
»yona con el engaño y perfidia que carecen
»de ejemplo, tanto mas execrables, cuanto
»que iban encubiertos con el sagrado título de

» amistad y utilidad recíproca afianzadas en pa-
 » labras las mas decisivas y terminantes, insistia
 » en ella sin otras razones que dos pretestos in-
 » dignos de pronunciarse por un soberano que no
 » haya perdido todo respeto á la moral de los
 » gabinetes y aquella buena fé que forma el vín-
 » culo de las naciones ; reducidos el primero
 » á que su política no le permitia otra cosa,
 » pues que su persona no estaba segura mien-
 » tras que alguno de los Borbones enemigos de
 » su casa reinase en una nacion poderosa; y el
 » segundo á que no era tan estúpido que des-
 » preciase la ocasion tan favorable que se le
 » presentaba de tener un ejército formidable
 » dentro de España, ocupadas sus plazas y
 » puntos principales, nada que temer por la
 » parte del norte, y en su poder las personas
 » del rey y del señor infante D. Cárlos: ven-
 « tajas todas bien difíciles para que se las ofre-
 « ciesen los tiempos venideros. Que con la idea
 » de procurar dilaciones, y sacar de ellas el
 » mejor partido posible, se habia pasado una
 » nota dirigida á que se autorizase un sujeto
 » que esplicase sus intenciones por escrito; pe-
 » ro que cuando el emperador se obstinase en
 » no retroceder, estaba S. M. resuelto á per-
 « der primero la vida que acceder á tan ini-
 « cúa renuncia : que con esta seguridad y fir-
 » me inteligencia procediese la junta en sus de-

» liberaciones. Que habiendo preguntado vo-
 » luntariamente á D. Pedro Cevallos al despe-
 » dirme de S. E. si prevendria algo á la jun-
 » ta sobre la conducta que debia observar con
 » los franceses, me respondió que aunque la
 » comision no comprendia este punto, podia
 » decir que estaba acordado por regla general,
 » que por entonces no se hiciese novedad, por-
 » que era de temer de lo contrario que resulta-
 » sen funestas consecuencias contra el rey, el
 » señor infante y cuantos españoles se hallaban
 » acompañando á S. M. y el reino se arriesga-
 » ba, descubriendo ideas hostiles antes que es-
 » tuviese preparado para sacudir el yugo de la
 » opresion (1).»

Velarde se interrumpió para tomar aliento: pero tan profunda impresion habian causado sus palabras, que todos permanecieron mudos hasta que prosiguió diciendo.

—Ya conocemos perfectamente la política de Bonaparte y las ventajas con que cuenta para someternos á su imperio: veamos el estado del país, ó mejor dicho el del gobierno. En la capital de la monarquía la agitacion es grave y profunda. La libertad del favorito, la protesta de Carlos IV, la salida de este y de

(1) Véase la carta dirigida al Ilmo. Sr. D. Antonio Arias Mon y Velarde por D. Justo María Ibarnavarro, fecha en Madrid á 27 de setiembre de 1808.

la reina para Bayona, las demasías de los franceses, la arrogancia de Joaquin Murat y las noticias alarmantes de que acabo de hacer mencion, tienen en alarma á todo el mundo y late con justa zozobra todo corazon castellano. Toledo indignada dió el grito de guerra contra los franceses; Toledo ha tenido que callar por la persuasion y la fuerza: Burgos, la ciudad del Cid Campeador, de Ruy Diaz, ha dado muestra de disgusto al ver detenido un correo por tropas francesas; pero Burgos ha tenido que callar tambien. ¿Y qué hace la junta entre tanto? Doblar la cerviz bajo la espada del gran duque. Bonaparte ha mandado congregar en Bayona una diputacion de españoles, para que á ejemplo de la de Italia reunida en Leon, traten y decidan los intereses del país en tierra estraña. Murat comunicó esta resolucion á la junta, y juzgando tardias sus decisiones ha nombrado por sí mismo una gran parte de los sugetos, y cuando ha pedido sus pasaportes á la junta, la junta se los ha entregado. La junta ha recibido una real orden fecha en Bayona «para que ejecute cuanto convenga al servicio del rey y del reino, y que al efecto use de todas las facultades que S. M. desplegaria si se hallase dentro de sus reinos.» ¿Qué ha hecho la junta? Discutir mucho, no ejecutar nada y enviar á

Bayona á D. Evaristo Perez de Castro y D. José de Zayas, para que pregunten al rey. Primera: »Si convenia autorizar á la junta á sustituirse en caso necesario en otras personas, las »que S. M. designase, para que se trasladasen á parage en que pudiesen obrar con libertad siempre que la junta llegase á carecer de ella. Segunda: Si era la voluntad de S. M. «que empezasen las hostilidades, el modo y »tiempo de ponerlo en ejecucion. Tercera: Si »debía ya impedirse la entrada de nuevas tropas »francesas en España, cerrando los pasos de »la frontera. Cuarta: Si S. M. juzgaba conducente que se convocasen las córtes, dirigiendo su real decreto al consejo, y en defecto de este, (por ser posible que al llegar »la respuesta de S. M. no estuviera ya en libertad de obrar) á cualquiera chancillería ó »audiencia del reino.» Sin embargo, entre los miembros de la junta hay un anciano de firme é hidalgo corazon; este noble anciano, señores, es D. Francisco Gil y Lemus. Impelido por una reunion de buenos patriotas, que se congrega en casa de su sobrino D. Felipe Gil y Taboada, y á cuya reunion asistimos el conde de Montijo y yo, ha propuesto se nombre la junta de que habla la pregunta primera y se ha llevado á cabo el nombramiento. Esta junta de legados, señores, podrá prestar grandes